

RESEÑA / REVIEW

Manuel Alvar:
El español de Chile

(Madrid: Universidad de Alcalá, Universität Heidelberg,
Heidelberg Center for Ibero-American Studies,
La Golotea Ediciones, 2020. 3 tomos, 1489 páginas)

José Alejandro Martínez-Lara

Universidad Adolfo Ibáñez
Chile
jose.martinez.l@uai.cl

ONOMÁZEIN 56 (junio de 2022): 217-222
DOI: 10.7764/onomazein.56.13
ISSN: 0718-5758



Cuando hablamos de geografía lingüística, atlas lingüísticos y dialectología en el contexto hispanico, no es extraño que se nos vengan a la mente inmediatamente nombres como Ramón Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás, Antonio Llorente Maldonado, Luis Flores, Guillermo Araya y, sobre todo, Manuel Alvar y Antonio Quilis. Particularmente, debemos rescatar en estas líneas a los dos últimos, puesto que ambos eximios catedráticos propusieron e iniciaron el macroproyecto al que denominaron *Atlas lingüístico de Hispanoamérica*. Esta empresa sería una obra conformada por quince volúmenes sobre distintas variedades de habla del vasto territorio hispanoamericano. A la fecha, la colección cuenta con *El español del sur de los Estados Unidos* (2000); *El español de República Dominicana* (2000), *El español de Venezuela* (2001), *El español de Paraguay* (2001), *El español de México* (2010), y recientemente se ha incorporado a esta lista *El español de Chile*, volumen que describimos y reseñamos en los subsiguientes párrafos. Con este trabajo geolectal chileno ya publicado, tan solo falta que salga a la luz (esperemos que pronto) *El español en Uruguay y Argentina*, con lo que se completaría este magno trabajo dialectológico.

El Español de Chile está integrado por tres tomos, cuyo peso refleja parcialmente el arduo y exhaustivo trabajo llevado a cabo por todo el equipo investigativo que, junto con el profesor Manuel Alvar, se encargó de cristalizar este proyecto. Entre los colaboradores de esta obra se encuentran el Dr. Claudio Wagner, “la autoridad indiscutida en la geografía lingüística chilena” (pág. 35); Gustavo Rodríguez; Eduardo Roldán; Luis Tecas —vale recalcar que estos tres ya habían trabajado junto con el profesor Wagner, bajo la dirección de Guillermo Araya, en el *Atlas lingüístico y etnográfico del Sur de Chile*—, y Claudia Rosas.

En relación con el índice general de la obra, el tomo I (págs. 1-483), además de las Palabras previas, está organizado en tres partes, a saber: I Encuestas y cuestionarios; II Índice de voces y formas; y III Mapas. El tomo II (págs. 497-973) está compuesto por dos secciones. La primera corresponde a la continuación de la topografía lingüística sobre el nivel léxico, iniciada en el tomo previo, mientras que en la segunda se muestran los planos de los casos fonéticos. El tomo III (págs. 993-1481) está constituido por tres partes. En la primera se encuentran los restantes mapas fonéticos. La segunda está compuesta por la cartografía en la que se indican los aspectos sintácticos. Por último, en la tercera parte, se dispone la repartición de los fenómenos morfológicos. Cada tomo tiene al inicio: i) los puntos geográficos donde se aplicaron las encuestas, ii) la lista de informantes, iii) los signos fonéticos, iv) los signos accesorios y v) la correspondencia con otros atlas lingüísticos.

Respecto a los contenidos de cada tomo, en las Palabras previas (tomo I, págs. 33-36) escritas por Antonio Alvar Ezquerro, quien es el editor encargado del proyecto junto con Rocío Díaz Moreno, puede apreciarse, en tono sobrio, el profundo agradecimiento a los investigadores que codo a codo trabajaron con el catedrático en dialectología: don Manuel Alvar (su padre). Estos hombres y mujeres, entre 1993 y 1995, ayudaron en los trabajos de campo. En dichas líneas, se hace notar que —a diferencia de las otras empresas llevadas a cabo por Manuel Alvar— el eximio catedrático únicamente dejó los cuestionarios y sus respectivas informa-

ciones, sin incluir los estudios introductorios ni los textos grabados que sí pueden apreciarse en los volúmenes previos de la colección.

Seguidamente, I. Encuestas y cuestionarios (tomo I, págs. 37-96), se señalan los lugares donde se aplicaron las encuestas y la información general de los encuestados. Según se aprecia, el atlas abarca 28 localidades distribuidas en quince de las dieciséis regiones actuales de Chile, a saber: Putre, Arica, Iquique, San Pedro de Atacama, Antofagasta, Copiapó, La Serena, El Paqui, La Ligua, Valparaíso, Santiago, Pichilemu, San Clemente, Parral, Concepción, Lonquimay, Temuco, Puerto Saavedra, Valdivia, Futrono, Osorno, Entre Lagos, Puerto Mont, Ancud, Aucar, Quellón, Coyhaique, Chile Chico, Punta Arenas.

En cuanto a los informantes, se entrevistaron a 53 sujetos. La concentración de los encuestados por punto geográfico va desde 1, en lugares como Putre, Lonquimay y Chile Chico; hasta 4, 5 o 6 en ciudades con una población más grandes, como Concepción, Valparaíso y Santiago, respectivamente. En relación con el sexo de los participantes, se encuestaron 48 hombres, lo que representa el 90,6% de los sujetos, y 5 mujeres, el 9,4%. La edad oscila entre 72 y 25 años. Además, se señalan las demás recurrentes características extralingüísticas: i) variedad lingüística, ii) educación, iii) profesión y iv) viajes.

Igualmente, en esta sección del tomo I se indica la distribución de los mapas según el orden lógico en el que se aplicaron las encuestas: 1.200 en total. Las preguntas van desde el nivel léxico (12 campos semánticos), seguidamente por las cuestiones fonéticas (vocálicas y consonánticas), hasta las consultas sobre los ámbitos sintácticos y morfológicos. Ya, en el apartado II del tomo I, Índice de voces y formas (págs. 97-189), Rocío Díaz Moreno presenta la distribución de las palabras y formas en los mapas. Inmediatamente, en la parte III (pág. 191), empieza la colección cartográfica, que estuvo bajo la responsabilidad de Teresa Alcázar Canales.

Ya en materia de geografía lingüística concretamente, el tomo I contiene los primeros planos cartográficos correspondientes al nivel léxico: mapas del 1 al 281. Estos refieren a las palabras de los campos semánticos: i) *El cuerpo humano* (págs. 203-284; mapas 1-82); ii) *Vestuario* (págs. 285-323; 83-121); iii) *La casa. Cuestiones domésticas* (págs. 324-392; 122-190); iv) *Familia. Ciclo de la vida. Salud* (págs. 393-442; 191-240); v) *El mundo espiritual* (págs. 443-462; 241-260); y vi) *Juegos y diversiones* (págs. 463-483; 261-281). De este grupo podemos mencionar algunos casos en los que se evidencia la riqueza léxica en el habla de los chilenos. Además, puede verse la convergencia y divergencia con las voces de otras variedades dialectales. Por ejemplo, (*Cabello*) *rizado* puede decirse *crespo*, *encrespado*, *enroscado*, *rulo* (I, 2)¹; mientras que *Bizco* puede

1 Entre paréntesis identificamos con número romano el tomo del volumen: I, II y III; seguidamente, separado por una coma, un número ordinal que refiere al mapa. Así pues, (III, 983) corresponde al mapa 983, que se encuentra en el tomo III, y refiere a la alternancia: "Nadie más / más nadie" (sintaxis).

ser *virolo* y *turnio* (I, 17); *Nariz chata* es *ñato* (I, 26); *Barbilla* es *pera* (I, 27); y *Pajita para sorber* es *boquilla*, *bombilla* y *pajita* (I, 44). También hallamos que *Traje* recibe el nombre de *terno* y *ambo* (I, 83); *Mono* es *buzo*, *mameluco* y *guardapolvo* (I, 85); y *Bragas* es *calzón* y *cuadro* (I, 108). Por su parte, *Vivienda campesina* es *rancho*, *puesto*, *choza* y *ruco* (I, 124); y *Manta* es *frazada* (I, 149). Ahora bien, *Pelar la pava* equivale a *pololear* (I, 192); *Parir (las mujeres)* se traduce en *tener la guagua* (I, 196); y, obviamente, *El recién nacido* es *guagua* (I, 198). Si del día a día hablamos, *Día de las ánimas* puede ser *día de los muertos* o *día de los difuntos* (I, 254); *Diablo* tiene otros nombres, como *pata negra*, *pata de cabra*, *cachuo*, *coludo* (I, 259). Los chilenos también juegan, así que al *Tejuelo*, *rayuela* lo llaman *luche* y *tejo* (I, 268); mientras que *Llevar a cuesta* es *llevar a caballo/caballito*, *llevar a tota* (I, 270).

El tomo II (págs. 497-981) presenta la continuación de los mapas del nivel léxico. En este se indican las lexías de las áreas nocionales: vii) *Profesiones y oficios* (págs. 515-543; 282-310); viii) *La enseñanza* (págs. 544-566; 311-333); ix) *El tiempo* (págs. 567-605; 334-372); x) *Accidentes topográficos* (págs. 606-640; 373-407); xi) *Agricultura* (págs. 641-722; 408-489); y xii) *Animales y ganadería* (págs. 723-851; 490-618). En estos puede apreciarse que los chilenos reportaron que se dice *gasfiter* en vez de *Fontanero*, *plomero* (II, 298); *soldador* por *Herrero* (II, 299). En cuanto a *Yunque (género)* (II, 301), *Niñera* (II, 309) y *Camarero* (II, 310), suelen decir *bigornia*, *nana* y *garzón*, respectivamente. La *Enseñanza preescolar* es *parbularia* (II, 298); a la *Tiza* la identificaron como *plumón* (II, 320); y a la *Chuleta*, *torpedo* (II, 327). Al *Huracán* le dicen *ventarrón*, *temporal*, *tornado*, *tifón* (II, 345); *la hora capel* (*Arreboles*, II, 347) y *garúa* (*Llovizna*, II, 351). Nos llamó mucho la atención que *Alberca* puede tener dos variantes según su tamaño: *tranque*, si es grande, y *estanque*, si es chica (II, 395). Si se atiende el jardín, los chilenos usan *guano* (*Abono*, II, 417); *picota* por *Zapapico* (II, 423); y el famoso *Maíz* es conocido como *choclo* (II, 426). Y nada como conocer e identificar la fauna con nombres típicos de la localidad, como *matapiojos* (*Libélula*, II, 490), *caballo del diablo* (*Saltamontes*, II, 490), *candelilla* (*Insecto fosforescente volador*, II, 497); *jote* (*Gallinazo*, II, 513); *pirgüín* (*Renacuajo*, II, 526); *guarén* (*Ratón*, II, 536), entre otras voces. En el mismo tomo II (págs. 853-972), empieza la colección cartográfica de los fenómenos fonéticos, que abarca los mapas del 619 al 736. Así pues, se muestra la manera como los chilenos pronuncian casos como *La/una gallina* (II, 619), *Dos gallinas* (II, 620); *Chispa* (II, 630), *Chiste* (II, 631); *La fuerza* (II, 642), *Las fuerzas* (II, 643), etc.

En el tomo III (págs. 993-1489) se encuentra la continuación de los planos geográficos (desde el 737 hasta el 947) en los que se plasman los fenómenos fonéticos (págs. 1011-1221), mientras que desde la página 1223 a la 1267 se hallan los mapas de casos sintácticos (948-990). En este conjunto cartográfico puede apreciarse que en el habla chilena el mantenimiento de las formas etimológicas de los clíticos para objeto parece ser la norma: (*Al ladrón*) *lo* (*llevaron a la cárcel*) (III, 948); (*A los niños*) *los* (*recogieron los vecinos*) (III, 949); (*A María*) *la* (*quiero*) (III, 951); (*Vi un libro*) *y lo* (*compré*) (III, 952); (*A los árboles*) *hay que* (*cuidarlos*) (III, 954). Por su parte, la pluralización del verbo *haber* impersonal está altamente extendida en todo el territorio: *habían* (*muchos árboles*) (III, 968). Sin embargo, alterna con la canónica en sin-

gular. En cuanto a la forma *hubieron (fiestas)* (III, 970), si bien se hallaron casos en plural (no canónica), se halló resistencia, ya que se encontraron ejemplos en singular (canónica) en la misma frecuencia.

Finalmente, el tomo III termina con el conjunto de cartografía de los aspectos morfológicos (págs. 1269-1480), que van desde el mapa 991 hasta el 1200. Entre ellos puede apreciarse la alternancia de género gramatical de unidades léxicas como *Sartén* (III, 997), en cuyo caso los entrevistados reportaron ambas formas (masculino y femenino) casi en el mismo número de veces. Sobre *Médico, -a* (III, 1012) podemos señalar que se evidencian casos de variación del masculino y el femenino (medico~medica), pero también se apreció el uso de *doctora* como variante femenina de *médico*. En cuanto a *Pan (diminutivo)* (III, 1065), es casi exclusiva la utilización de *pancito* frente a *panecito* y *pancillo*. En relación con la flexión verbal para el pretérito o pretérito perfecto simple, los planos de la geografía chilena muestran que hay una variación entre la moción canónica (-Ø) y la terminación en -s: *viniste~vinistes* (III, 1132); *llegaste~llegastes* (III, 1133) y *trajiste~trajistes* (III, 1134).

En este contexto, podemos afirmar que los atlas lingüísticos son un valioso recurso para el estudio de la variación lingüística, puesto que ellos muestran, a través de una colección de mapas, las realizaciones del habla en sus distintos niveles (léxicos, fonéticos, morfológicos, sintácticos) en una zona geográfica específica. En este orden de idea, el trabajo de los dialectólogos y los geógrafos lingüistas ha consistido —entre otros— en observar y describir las variantes de los fenómenos del lenguaje en un espacio geográfico y luego plasmarlos en mapas (cf. Montes Giraldo, 1970; García Mouton, 2006, 2016).

En cuanto a esta disciplina en Chile, debemos destacar que los estudios de geografía lingüística ya contaban con una tradición en el país. Esta se inició con *Geografía léxica valdiviana: el campo y la costa*, una investigación desarrollada por Claudio Wagner en la Universidad Austral, en 1963, y dirigida por el profesor Guillermo Araya. Desde entonces, el impulso por describir los fenómenos del habla a lo largo del territorio chileno no se detuvo (Wagner, 2004). Al contrario, llegó a enriquecerse y consolidarse al sumar la experiencia de Manuel Alvar. Así pues, no es casualidad que —en la realización de esta magna obra que hemos reseñado en estos párrafos— los grandes colaboradores del filólogo español hayan sido justamente los discípulos del profesor Araya.

En resumen, *El español de Chile* —en conjunto con los volúmenes previos de la colección— representa un material valiosísimo que brinda a los estudiosos (ya sean experimentados, ya sean nóveles) del área del lenguaje un abanico de posibilidades de investigaciones acerca de la manera como hablan los chilenos. Asimismo, esta obra viene a entregar datos concretos sobre las convergencias y divergencias en los distintos niveles de lengua que hay, primero, entre una y otra zona geográfica del país sudamericano y, segundo, entre el habla chilena y la de las demás variedades del español.

Por supuesto, no hay que dejar de lado que este legado de Manuel Alvar, además de mostrar la distribución geográfica de diferentes fenómenos lingüísticos en Chile, también permite realizar un contraste diacrónico, ya que en sí mismo cada mapa es una fotografía capturada de la realidad del habla de hace 25 años. En este sentido, el atlas lingüístico de Chile puede ayudarnos a observar también las posibles variaciones en el tiempo que ha sufrido o está sufriendo el lenguaje.

Finalmente, podemos afirmar que *El español de Chile* significa un gran aporte a la tradición dialectal y de geografía lingüística tanto del país como del mundo hispánico, puesto que nos entrega una representación casi fidedigna de la realidad lingüística de este territorio. En este sentido, resulta importante contar con esta obra en las bibliotecas universitarias y las de los demás centros educativos y de investigación de Chile y el mundo hispánico. Adicionalmente, gracias a la aplicación de una misma metodología, se favorece el contraste de los fenómenos lingüísticos descritos en esta nación sudamericana con otras variedades; mucho más con las que integran el proyecto *Atlas lingüístico de Hispanoamérica*. Así pues, esta insigne obra es una expresión de la riqueza de los dialectos y del contacto de lenguas y culturas en la conformación de la lengua.

Bibliografía citada

GARCÍA MOUTON, Pilar, 2006: “Los atlas lingüísticos y las variedades del español de América”, *Boletín Hispánico Helvético* 8, 111-122.

GARCÍA MOUTON, Pilar, 2016: “Dialectología y geografía lingüística” en Javier GUTIÉRREZ-REXACH (ed.): *Enciclopedia de Lingüística Hispánica*, volumen 1, New York: Routledge, 30-40.

MONTES GIRALDO, José Joaquín, 1970: *Dialectología y Geografía lingüística. Notas de orientación*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

WAGNER, Claudio, 2004: “El atlas lingüístico y etnográfico de Chile: Localidades y cuestionario”, *Estudios Filológicos* 39, 83-120 [<https://dx.doi.org/10.4067/S0071-17132004003900005>].